

UMBRAL DEL ALMA

Daniel O'Leary

Si queremos escuchar la callada música que encontramos bajo el ruido de los pensamientos, necesitamos aprender cómo dejar la mente en blanco y centrarnos en los sentidos. Las distracciones de la vida moderna nos impiden captar el ritmo de la gracia.

Una fría mañana de enero, un hombre empezó a tocar el violín en una estación de metro en la ciudad de Washington D.C. Tocó seis piezas de Bach durante unos 45 minutos. Se calcula que durante la hora punta, unas miles de personas pasan por esta estación.

Después de tres minutos, un hombre de mediana edad se paró durante unos segundos, y después siguió con su paso apresurado. Un minuto más tarde, el violinista recibió el primer billete de un dólar, que una mujer le tiró a la cesta, sin pararse. Unos minutos después, alguien se apoyó en la pared para escucharle, pero después de mirar el reloj siguió rápidamente su camino.

La persona que le prestó más atención fu un niño de unos tres años. Su madre tiraba de él, pero el niño se paró delante del violinista. La madre tiró del niño, y éste se marchó a regañadientes, sin dejar de mirar al violinista.

Durante los 45 minutos que el violinista estuvo tocando, solamente seis personas se pararon y se quedaron escuchando un rato. Recogió en total 36 dólares. Cuando terminó de tocar y todo se quedó en silencio, nadie le aplaudió ni mostró ningún signo de reconocimiento. El violinista era Joshua Bell, uno de los mejores músicos del mundo. Había tocado algunas de las piezas más difíciles jamás escritas y el violín estaba valorado en unos 3.5 millones de dólares.

El evento fue organizado por el *Washington Post* como parte de un experimento social sobre la percepción, el gusto y las prioridades de las personas. Las preguntas de fondo eran, en un lugar corriente y a una hora inapropiada, ¿percibimos la belleza?, ¿nos paramos a apreciarla? ¿Reconocemos el talento en un contexto inesperado?

Una de las posibles conclusiones que podemos extraer de esta investigación se puede constatar con otra pregunta: ¿si no tenemos un momento para pararnos y escuchar a uno de los mejores músicos del mundo tocando una de las mejores músicas jamás escritas, cuántas otras cosas nos estamos perdiendo en el curso de un día normal? ¿Olvidamos que los sentidos son el “umbral de nuestra alma”? La regla de San Benito dice: “Hijo mío, escucha con el oído de tu corazón”.

Otra estación de tren, otro músico, otra madre ocupada con su pequeño hijo. Esta vez en Leeds, con el viento retumbando en el andén vacío. Linda rápidamente se dio cuenta de que Ian se había escapado. Volvió sobre sus pasos en un estado de pánico. Y allí estaba, de cuclillas y ensimismado, escuchando aquel viejo mendigo tocando una armónica bajo la fría lluvia.

Ian le estaba ofreciendo a su último héroe la última moneda que tenía en el bolsillo, inconsciente del aspecto del hombre. “Qué suerte tiene este hombre de saber tocar una música tan preciosa”, dijo el niño a su madre. Al contrario que la gente de Washington, Ian escuchaba con el oído del corazón.

La toma de conciencia tiene que ver con la presencia. ¿Pero cuántas veces somos conciencias de nosotros mismos y nuestro entorno en un mundo distraído donde reinan la multi-tarea electrónica, incluso cuando estamos tomando algo con amistades? Ese espacio sagrado interior es continuamente invadido, tanto desde dentro como desde fuera. Sin este espacio sagrado, no habrá calma para captar la cadencia de la sinfonía inacabada que late bajo la superficie de lo que está pasando.

Una tarde, el mítico Fionn Mac Chumhail y sus guerreros celtas tuvieron una discusión sobre cuál era el mejor sonido del mundo. Su hijo Oisín exaltó el sonido de la lanza sobre el escudo en el fragor de la batalla. Otros hablaron de los aterradores gritos de los ciervos y los aullidos de los perros de caza ante el creciente deseo de sangre justo antes de la matanza. Un tercero habló de la canción de su amada mientras tocaba el harpa para calmar a su héroe después de un día de sangre derramada. Los sabios guerreros asintieron en señal de aprobación. “Y tú, Fionn, preguntaron luego, ¿cuál dirías que es el mejor sonido del mundo?”. El poderoso guerrero dijo pausadamente: “la música de lo que pasa”.

Necesitamos aprender a dejar la mente en blanco y llegar a los sentidos de tal manera que escuchemos la música callada que hay bajo el ruidoso tráfico de nuestro pensamiento para captar la divina armonía de cada ser humano. Cerca de nuestra alma, estamos llamados a convertirnos en diapasones humanos contagiándonos el ritmo de la gracia.

La tarjeta conmemorativa del funeral de John Moriarty, uno de los místicos de Kerry, recogía una de sus reflexiones: “Las mañanas claras me traen las montañas a la puerta de mi casa; las noches calmas dan la palabra a los ríos. Algunas tardes, el viento pone sus manos sobre mis hombros. Yo para de pensar, dejo lo que estoy haciendo y voy por el camino del alma”.

A lo largo del camino del alma, encontramos los únicos sitios de encuentro entre nuestro espíritu y el Espíritu de toda la vida, entre nuestra vacuidad (vacío) y el flujo universal de energía. Es a lo largo del camino del alma que escuchamos y creamos la música única que sólo nosotros podemos escuchar y crear. Es aquí que hacemos nuestro al Dios de la armonía, que ya está en nuestros corazones. “Dios está siempre en casa”, insistía Meister Eckhart; “somos nosotros los que salimos a pasear”.

Si el momento presente es el único lugar donde podemos conocer al Dios encarnado, ¿estaremos en casa cuando Dios venga disfrazado para encontrarnos? ¿Es que siempre estamos tan distraídos, seducidos por otras atracciones transitorias, para mirar fijamente y reconocer la madre de toda la belleza, y para escuchar la música que ella está creando continuamente para nosotros? Hay una cosa a la vez divertida y adorable en este verso de John Ashbery, en su obra “*At North Farm:*”

En algún lugar, alguien está viajando furiosamente hacia ti,

A una velocidad increíble, viajando día y noche,

A través de la tormenta y el calor desértico; atravesando torrentes

A través de estrechísimos caminos

Pero ¿sabrá dónde encontrarte?,

¿Reconocerte cuando te vea?

¿Darte lo que trae para ti?

Es como si una sonrisa secreta, una convicción en susurros, una pequeña melodía, estuviera escondida, como una impaciente epifanía, en todo lo que encontramos en el transcurso de nuestro día a día. Todo quiere arrastrarnos hacia la armonía de la vida. Todo está esperando para darnos valor y apoyarnos al tiempo que luchamos, generalmente desafinados, para que cojamos el ritmo adecuado. Nuestras mentes de mono echan de menos la magia y la música del momento.

Siempre hay un Joshua Bell tocando en algún lugar, en el más inesperado de los sitios. Pero necesitamos ser conscientes. Para parar de correr. Para estar aquí. En la obra *Ahora me convierto en mí Mismo*, May Sarton escribe sobre el tiempo que se tarda en estar presente en la verdadera armonía de uno después de años de distracción, de pánico, de llevar ‘la cara de otras personas’.

Oh, en esta única hora en la que vivo / Yo, el perseguido, que corrió como un loco / Permanezco quieto, permanezco quieto, ¡y paro el sol!

Daniel O’ Leary, cura de la Diócesis de Leeds, está basado en la casa parroquial Nuestra Señora de Gracia, Tombridge Crescent, Kinsley, West Yorkshire, WF95HA.